

Una versión maya yucateca del cuento de Hansel y Gretel

Recogido por:

Ana ERICE CALVO SOTELO

Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

Es que habían dos chamaquitos que no los quería su mamá. Se murió su mamá de los chamaquitos y le dice la señora a su marido:

—Oye, viejo, si me voy a casarme contigo, pero si haces el favor de botar a tus dos hijos.

—No —le dice el señor— ¡Cómo voy a botar a mis dos hijos que son lo único que tengo!

—Pues, entonces, si no quieres que yo me case contigo, pues me voy a ir si tus hijos no los botas.

Entonces, el señor como quería a la señora, iba a botar a los chamaquitos.

Y el chamaquito que estaba acostado empezó a oír que estaba hablando su papá con la señora que les iba a botar.

Se levantó tempranito y llenó un costal de ceniza y lo puso así donde estaba durmiendo, cuando le dice su papá:

—¡Vamos, hijo, vamos! ¡Vamos al monte! y los chamaquitos se levantaron y se fueron. Y se iban, y cuando iban caminando, iban regando así la ceniza.

Ya están lejos en el monte cuando les dice el señor:

—Aquí se quedan, cuando yo les chifle, vienen enseguida.



Todos los Santos Cuchumatán.

—Está bueno —dicen el chamaquito y la chamaquita. Y se quedaron allá. Y el señor abrió un chuyito (1) y lo colgó en una mata. Cuando vino el viento, el viento hizo que chifle el chuyito que estaba colgado y lo oyeron los chamaquitos y arrancaron a correr, y andaban busca y busca a su papá y no lo encontraban: El señor llegó a su casa:

—Hoy sí, ya vas a estar contenta porque ya tus hijos, ya no están acá.

—Así sí, así sí estoy feliz con mis dos hijos.

—¿Los míos?

—Los tuyos se perdieron.

Estaban hablando así cuando los chamaquitos se fastidiaron de buscar a su papá y vieron la marca de la ceniza y se regresaron. Donde iban regando la ceniza ahí se vinieron; se metieron abajo de la mesa cuando estaban almorzando y dice la señora:

—Hoy sí, marido, vamos a comer felices, porque ya no hay nadie que nos moleste.

Cuando dicen los chamaquitos:

—¡Aquí estamos mami! ¡Sáquenos la comida! Y la señora se asustó y le vio la cara a su marido y le dice:

—¿No los habías perdido?

—Perdóname, vieja, pero mañana, no voy a fallar, sí los voy a perder.

—Mañana entonces, te voy a dar tu último día, si no los pierdes te voy a dejar.

Y el señor también los quería perder para que se quede con la señora. Y se volvieron a acostar a dormir. Cuando amaneció volvieron a platicar los chamaquitos:

—Manita, ahorita dice papá que nos va a botar. Levántate y llenas un saco de ceniza, como sea, una hierba, que no nos piérdanos.

Y la chamaquita no quería levantarse; ella garró arroz. Cuando dice el señor:

—Vamos hijo, de vuelta a la tiradera (2) ¡Vamos! Y agarró el chamaquito el bulto de arroz y donde iban lo iban regando otra vuelta. Pero como lo iban regando, se lo iban tragando los pajaritos. Se perdieron.

Ya llevaban dos días perdidos en el monte y entró la noche allá en el monte:

—Hoy sí, manita, ¿Qué tal? ¿Dónde nos vamos a quedar? Porque ya nos perdieron, porque yo oí que mi papá nos quería perder?

Estaban llorando los chamaquitos y se agarraron y como era ya de noche, se subieron arriba de una mata; ahí se quedaron a dormir. Estaban así durmiendo cuando sintieron algo que venía caminando bajo el monte.

—¡Quién sabe qué es eso que viene, hermanita! —les sacudieron la mata, cayeron los chamaquitos y era un gigante que los había agarrado y les dice:

—Hoy sí, ya tenemos presa para mí y mi vieja —dijo el gigante ese.

Y los chamaquitos estaban llorando:

—¡Suéltame! ¡Suéltame! Yo no... Y no los soltaba. Cuando llega el gigante a su casa y le dice:

—Hoy sí, viejita, cacé dos venados, pero están flacos, los tienes que engordar.

Y agarró la señora y enjauló a los chamaquitos. Una bruja era ella y metió a los chamaquitos y empezó a dar comida para que engorden.

Ya llevaban un mes y les dijeron:

—¡Saca tu dedito, hijito! —y lo metían así y decía: ¡Todavía están flacos —y le metían más y más comida.

—Mete tu dedito acá, hijito —mete su dedo, ya no cabía su dedo del chamaquito, ya estaba bien gordo y llega el gigante y le dice:

—¿Ya los engordaste, vieja?

—Sí, ya están gordos, mañana los voy a hacer pa'que cóbamos.

Se fue el gigante, sale la bruja y les dice:

¡Salgan, hijitos! Vayan a buscar leña mientras yo preparo la comida.

Iba a preparar el horno ella para que lo ase y se iban en el camino los chamaquitos creyendo que era su abuelita. Y cuando en el camino que fueron encontraron un viejito:

—Oiga, hijitos, esa no es su abuelita, esa es una bruja que a ustedes les quiere comer.

—¿Que no! Ella nos da comida y nos quiere mucho, es mi abuelita.

—¿Que no! Esa bruja le quiere comer a tí y a tu hermanita, no sean tontos cuando les diga así: 'Hijos, sóplenme el fogón' hacen como que no lo pueden encender y, cuando se agache ella ustedes la van a empujar y allí la cierran.

—No. Nomás nos está engañando, si esa es mi abuelita. ¡Cómo la vamos a hacer que se quemel!

—Pues, está bueno, yo ya me voy, si ustedes no lo quieren hacer a ustedes se lo van a perder.

Los chamaquitos venían en el camino diciendo:

—¿Será que nos está engañando ese viejito o es verdad lo que nos está diciendo?

—Creo sí, manito, porque esa señora tiene cara de mala.

—Pues, vamos a ver qué dice...

Cuando llegaron allá, les dice la bruja:

—Oigan, hijitos, soplen el fogón —y se agacharon los dos así.

—No puedo soplarlo, abuelita, no lo puedo soplar.

—Así lo van a soplar —y se agacha ella a soplarlo y lo empujan los chamaquitos. Y empezó a gritar y se estaba quemando y estaba grita y grita y los chamaquitos estaban asustados llorando, viendo que se estaba quemando la bruja esa. Cuando terminaron, la sacaron a la bruja y la pusieron en una mesa grandota. La tendieron allá como el viejito le había dicho, cuando maten a la bruja que corten un chucho (3) y que lo aporreen así en la tierra diciendo la chamaquita ¡Rompeferro! y el chamaquito el otro ¡Rompecadenas! así lo hicieron. Cuando aporrearón el chucho, ya la señora, le salieron dos perros grandotes dos perrote. El viejito les había dicho que con esos perros les iban a ayudar a ellos hasta que logren buscar una ciudad, para que los acompañe. Lo hicieron así y se quitaron de allí de la casa de la señora esa que habían matado y empezaron a caminar en el monte con los perros.

Cuando llegó el gigante y ve a su mujer que está allí tendida y asada y todo.

—¡Malditos chamacos qué ya me han hecho con mi mujer!, pero esto no así lo voy a dejar!— y empezó a seguir y a seguir, entonces, los chamaquitos ya habían llegado lejos, lejos. Allí se habían parado y habían hecho una casita de guano. Cuando llegó allá el gigante. El chamaquito se fue a deshierbar para que siembre maíz para que coman, y le dice a la chamaquita:

—Hoy sí te voy a comer, le voy a desquitar lo que me hicieron, lo que le hicieron a mi esposa.

—No, yo no se lo hice, fue mi hermano quien lo hizo.

Entonces, la chamaquita se enamoró del gigante. Ya estaban grandes, ya tenían creó, como quince años.

—Si te quieres casar conmigo, cuando lo mates nos vamos a mi casa a vivir, ahí vas a estar muy bien.

—Está bueno, cuando venga, entonces, le voy a matar ese.

Cuando llegó el chamaquito se fue el gigante:

—Pues ya me voy, si te quieres casar conmigo entonces pues mata a tu hermano.

La chamaquita afiló el cuchillo y se lo puso en el colchón de su cama donde se iba a acostar el chamaquito.

Como siempre venía cansado y se acostaba:

—¿Ya estuvo la comida, manita?

—Ya manito ¿no te vas a acostar?

Ya que se quiere acostar y se le siembra el cuchillo; empezó a gritar y los perros lo oyeron y le empezaron a lamer el cerebro.

Cuando le sanó la chamaquita empezó a llorar que no había matado a su hermano. El muchacho se volvió a ir:

—Me voy a quedarme acá y quédate acá, no me lo vuelvas a hacer porque si te quedas solita te va a pasar algo a ti.

—Está bueno, manito —y se fue otra vuelta.

Cuando llegó el gigante.

—¡Qué! ¿no mataste a tu hermano?

—Lo quise matar pero no pude, los perros lo ayudaron.

—Pues, me voy, dejámelo por mi cuenta —y se fue adonde estaba el muchacho.

—Ahora sí me vas a pagar lo que hiciste a mi esposa —agarró y quería matar al chamaquito. Cuando lo vieron los perros se le abalanzaron al gigante y lo mataron.

La chamaquita supo entonces que habían matado al gigante y como estaba enamorada de él, se puso a llorar. El chamaquito la empezó a considerar y se quitaron de allá y se empezaron a ir otra vuelta abajo el monte.

—¿Qué habrá allá? —y se metieron a ver. Cuando entraron allá había una princesa y un rey, cuando llegaron y lo vieron, este príncipe se enamoró de su hermanita y él también se enamoró de la princesa esa y dijeron que se iban a casar. Se iban a casar y como tenían mucho dinero empezaron a llevar la esquila en todas las ciudades para los que quieran ir. Entonces, donde repartían las esquelas les llegó una a su casa, el señor y la señora, ya estaban viejitos, llegó la esquila y empezaron a recordar y el señor recordó que era el apellido de sus hijos:

—Qué tal vieja hasta dónde han llegado mis hijos desde que los perdí.

—Pues es que iremos a ir al casamiento como sea son mis hijos que se van a casar.

Y se fueron ellos también como iban a una comida y avión y todo para los que quieran ir.

Llegaron ellos, estaba el casamiento bien grande cuando llegaron ellos.

Y cuando el chamaquito reconoció a su mamá, su papá:

—Padre.

—Hijo, perdóname por todo lo que te hice, por ella hice que yo les bote.

Entonces el chamaquito no lo perdonó.

Como tenía criado le dijo:

—Oiga ustedes, señores, este señor y esta señora, les hagan el favor de matarla —y agarraron al señor y

la señora y la mataron porque no le hicieron consideración al chamaquito.

—No, hijito, no me mates, porque yo sí te quería.

—Si me querías, no me habías mandado botar por mi papá, estuviera yo allí.

Y se puso a llorar la señora y el señor para que no los maten, pero siempre les mataron y ya...

(Narrado por José Eduardo Tun Calán de 9 años de edad.
Villa Madero Campeche, agosto 1981)

1. Chuyito: calabazo.
2. Ir a la tiradera: ir de caza.

3. Chucho: pecho.
4. Cerebro: la nuca.



Salida de Chichicastenango.